



Franz Kafka

# Contemplación



**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **CONTEMPLACIÓN**

**FRANZ KAFKA**

**PUBLICADO: 1912  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA EDICIÓN ORIGINAL: MCMXIII  
ERNST ROWOHLT VERLAG, LEIPZIG**

# NIÑOS EN LA CARRETERA

Oía los carros pasar junto a la verja del jardín, a veces también los veía a través de los huecos que dejaba el follaje al moverse levemente. ¡Cómo crujió la madera de sus radios y de sus lanzas en el caluroso verano! Unos obreros volvían de los campos y se reían, era una vergüenza.

Yo estaba sentado en nuestro pequeño columpio, descansando entre los árboles del jardín de mis padres.

Frente a la verja el trasiego no cesaba. Unos niños pasaron corriendo en un instante; carros de cereales con hombres y mujeres sobre las gavillas oscurecían los arriates de flores a su paso; al atardecer vi a un señor con un bastón pasear lentamente y un par de muchachas que venían de frente, cogidas del brazo, se apartaron hacia la hierba del lado para saludar.

Luego, unos pájaros alzaron el vuelo como una rociada, los seguí con la mirada, vi cómo ascendían de un solo impulso, hasta que ya no creí que ascendían, sino que era yo quien caía, y, sujetándome con fuerza a las cuerdas, empecé a columpiarme un poco por pura debilidad. Pronto me columpié con más fuerza, mientras el aire soplaba ya más fresco y, en lugar de pájaros volando, aparecían estrellas titilantes.

Me sirvieron la cena a la luz de una vela. A menudo apoyaba los dos brazos sobre la tabla de madera y, ya cansado, le daba un mordisco a mi pan con mantequilla. Las cortinas, llenas de calados, se hinchaban con el viento cálido, y a veces alguien que pasaba por fuera las sujetaba con las manos si quería verme mejor y hablar conmigo. Casi siempre la vela se apagaba pronto y en el oscuro humo de la candela los mosquitos reunidos revolotea-

ban un rato más. Si alguien me preguntaba algo desde la ventana, yo lo miraba como si estuviera contemplando las montañas o el aire sin más, y a él tampoco le importaba mucho obtener una respuesta.

Pero si entonces alguien saltaba por el antepecho de la ventana y anunciaba que los demás ya estaban delante de la casa, yo, claro está, me levantaba suspirando.

—No, ¿por qué suspiras así? ¿Qué ha pasado? ¿Es una desgracia especial, irreparable? ¿No nos recuperaremos nunca? ¿Está todo perdido de verdad?

No se había perdido nada. Corrimos delante de la casa. — ¡Gracias a Dios, por fin estáis aquí! — ¡Tú siempre llegas tarde! — ¿Por qué yo? — ¡Precisamente tú, quédate en casa si no quieres venir! — ¡Ni hablar! — ¿Qué? ¿Ni hablar? ¿Qué manera de hablar es esa?

Nos abrimos paso a cabezazos en la noche. No había hora del día ni de la noche. Tan pronto los botones de nuestros chalecos rozaban entre sí como dientes, como corríamos a una distancia constante, con fuego en la boca, como animales en los trópicos. Como coraceros en las antiguas guerras, pifando y suspendidos en el aire, nos perseguimos unos a otros por la callejuela y con ese impulso en las piernas seguimos subiendo por la carretera. Algunos se metían en la cuneta, y apenas desaparecían tras el oscuro terraplén, ya estaban arriba, en el camino de tierra, como si fueran extraños, mirando hacia abajo.

— ¡Bajad vosotros!

— ¡Subid primero vosotros!

— Para que nos tiréis abajo, ni se nos ocurre, no somos tan tontos.

— Querréis decir que sois unos cobardes. ¡Venga, subid!

— ¿De verdad? ¿Vosotros? ¿Precisamente vosotros nos vais a tirar? ¿Qué os habéis creído?

Lanzamos el ataque, nos empujaron contra el pecho y nos tumbamos en la hierba de la cuneta, cayendo voluntariamente. Todo estaba templado de manera uniforme, no sentíamos ni calor ni frío en la hierba, solo cansancio.

Si uno se giraba sobre el lado derecho y se ponía la mano bajo la oreja, le entraban ganas de dormir. Es verdad que uno quería levantarse de nuevo con la barbilla en alto, pero solo para caer en una zanja más profunda. Luego, con el brazo extendido en cruz y las piernas torcidas por el viento, uno quería lanzarse contra el aire y caer de nuevo, sin falta, en una zanja aún más honda. Y no parar de hacerlo.

Apenas pensábamos en cómo nos estiraríamos al máximo en la última zanja para dormir de verdad, sobre todo con las rodillas, y nos quedábamos tumbados boca arriba, con ganas de llorar, como enfermos. Parpadeábamos si un chico, con los codos a la altura de las caderas, saltaba por encima de nosotros desde el terraplén a la carretera con sus oscuras suelas.

Ya se veía la luna a cierta altura, un coche de postas pasó bajo su luz. Un viento suave se levantó por todas partes, se sentía incluso en la zanja, y cerca de allí el bosque empezó a susurrar. Entonces ya no importaba tanto estar solo.

—¿Dónde estáis?

—¡Venid!

—¡Todos juntos!

—¿Por qué te escondes? ¡Deja esas tonterías!

—¿No sabéis que el coche de postas ya ha pasado?

—¡No me digas! ¿Ya ha pasado?

—Claro, pasó mientras dormías.

—¿Que yo he dormido? ¡Imposible!

—Cállate, se te nota en la cara.

—Pero, por favor.

—¡Vamos!

Corrimos más juntos, algunos se cogieron de la mano, no podíamos llevar la cabeza lo suficientemente alta porque el camino descendía. Uno lanzó un grito de guerra indio, nuestras piernas se pusieron a galopar como nunca, el viento nos levantaba por las caderas en cada salto. Nada podría habernos

detenido; estábamos tan enfrascados en la carrera que incluso al adelantar podíamos cruzarnos de brazos y mirar a nuestro alrededor tranquilamente.

Nos detuvimos en el puente sobre el torrente; los que habían seguido corriendo, regresaron. El agua de abajo golpeaba contra las piedras y las raíces como si no fuera ya tarde por la noche. No había ninguna razón para que uno de nosotros no saltara sobre la barandilla del puente.

Detrás de unos arbustos, a lo lejos, apareció un tren, todos los compartimentos estaban iluminados, las ventanillas de cristal seguramente bajadas. Uno de nosotros empezó a cantar una cancioncilla popular, pero todos queríamos cantar. Cantábamos mucho más rápido de lo que avanzaba el tren, balanceábamos los brazos porque la voz no era suficiente, nuestras voces se unieron en un estruendo en el que nos sentíamos bien. Cuando uno mezcla su voz con la de otros, es como si lo hubieran atrapado con un anzuelo.

Así cantábamos, con el bosque a nuestras espaldas, a los oídos de los viajeros lejanos. Los adultos todavía estaban despiertos en el pueblo, las madres preparaban las camas para la noche.

Ya era hora. Besé al que estaba a mi lado, di la mano sin más a los tres siguientes, empecé a desandar el camino, nadie me llamó. En el primer cruce, donde ya no podían verme, giré y corrí por caminos de tierra de vuelta al bosque. Me dirigía a la ciudad del sur, de la que en nuestro pueblo se decía:

— ¡Allí sí que hay gente! ¡Imaginaos, no duermen!

— ¿Y por qué no?

— Porque no se cansan.

— ¿Y por qué no?

— Porque son tontos.

— ¿Acaso los tontos no se cansan?

— ¡Cómo iban a cansarse los tontos!

# DESENMASCARAMIENTO DE UN TIMADOR

Finalmente, hacia las diez de la noche, llegué con un hombre al que solo conocía superficialmente de antes, que esta vez se me había unido de improviso y me había hecho recorrer las calles durante dos horas, a la señorial casa donde estaba invitado a una fiesta.

— ¡Bueno! — dije, y di una palmada como señal de la ineludible necesidad de despedirnos. Ya había hecho algunos intentos menos decididos. Estaba completamente cansado.

— ¿Sube usted ya? — preguntó él. En su boca oí un ruido como de dientes que castañetean.

— Sí.

Estaba invitado, se lo había dicho desde el principio. Pero estaba invitado a subir, donde ya me habría gustado estar, y no a quedarme aquí abajo, delante del portal, mirando por encima de las orejas de mi interlocutor. Y ahora, además, quedarme en silencio con él, como si hubiéramos decidido permanecer en este lugar por un largo tiempo. En este silencio participaron de inmediato las casas de alrededor, y la oscuridad sobre ellas hasta las estrellas. Y los pasos de paseantes invisibles, cuyos caminos no apetecía adivinar, el viento que una y otra vez se apretaba contra el otro lado de la calle, un gramófono que cantaba tras las ventanas cerradas de alguna habitación, todos ellos se hacían oír en este silencio, como si fuera suyo desde siempre y para siempre.

Y mi acompañante, en su nombre y — tras una sonrisa — también en el mío, se plegó a ello, estiró el brazo derecho hacia arriba a lo largo del muro y apoyó la cara en él, cerrando los ojos.

Pero no llegué a ver el final de esa sonrisa, pues la vergüenza me hizo girar de repente. Solo por esa sonrisa reconocí que era un timador, nada más. Y eso que llevaba meses en esta ciudad y creía conocer a fondo a estos

timadores, cómo por la noche salen de las calles laterales con las manos extendidas, como si fueran mesoneros que nos salen al encuentro, cómo se pegan a la columna de anuncios junto a la que estamos, como si jugaran al escondite, y espían, al menos con un ojo, desde detrás de la columna, cómo en los cruces de calles, cuando nos entra el miedo, flotan de repente ante nosotros en el borde de nuestra acera. Los comprendía tan bien, habían sido mis primeros conocidos en la ciudad, en las pequeñas tabernas, y les debía la primera visión de una inflexibilidad que ahora me resultaba tan inconcebible que no pudiera existir en el mundo, que ya empezaba a sentirla en mí mismo. ¡Cómo se plantaban frente a uno, incluso cuando uno ya había huido de ellos hacía tiempo, cuando ya no había nada que timar! ¡Cómo no se sentaban, cómo no se caían, sino que lo miraban a uno con ojos que, aunque fuera de lejos, todavía convencían! Y sus métodos eran siempre los mismos: se plantaban ante nosotros, tan anchos como podían; intentaban apartarnos del lugar al que nos dirigíamos; nos preparaban a cambio un alojamiento en su propio pecho, y si finalmente el sentimiento acumulado en nosotros se rebelaba, lo tomaban como un abrazo en el que se arrojaban de cara.

Y esta vez no había reconocido estas viejas tretas hasta después de tanto tiempo juntos. Me froté las yemas de los dedos para deshacer la vergüenza.

Pero mi hombre seguía apoyado allí como antes, todavía se consideraba un timador, y la satisfacción con su destino le enrojecía la mejilla descubierta.

—¡Descubierto! —dije, y le di una palmadita en el hombro. Luego subí corriendo las escaleras, y los rostros tan infundadamente leales de los sirvientes en el vestíbulo de arriba me alegraron como una hermosa sorpresa. Los miré a todos uno por uno mientras me quitaban el abrigo y me limpiaban las botas. Luego, respirando hondo y estirándome, entré en el salón.

# EL PASEO REPENTINO

Cuando, al atardecer, parece que uno ha decidido definitivamente quedarse en casa, se ha puesto la bata, se sienta a la mesa iluminada después de cenar y ha emprendido ese trabajo o ese juego tras cuya finalización uno se va a dormir habitualmente; cuando afuera hace un tiempo desapacible que hace que quedarse en casa sea lo más natural; cuando además uno ya ha permanecido tanto tiempo en silencio en la mesa que marcharse provocaría un asombro general; cuando además la escalera ya está a oscuras y el portal cerrado; y cuando, a pesar de todo esto, uno se levanta con un malestar repentino, se cambia de ropa, aparece inmediatamente vestido de calle, declara que tiene que salir, y lo hace tras una breve despedida, creyendo dejar tras de sí más o menos enfado según la rapidez con que cierre la puerta de casa; cuando uno se encuentra de nuevo en la calle, con unas extremidades que responden con especial agilidad a esa libertad ya inesperada que se les ha concedido; cuando, con esta sola decisión, uno siente reunida en sí toda la capacidad de decidir; cuando uno se da cuenta con una importancia mayor de la habitual de que tiene más fuerza que necesidad para provocar y soportar el cambio más rápido; y cuando uno recorre así las largas calles, entonces, por esa noche, uno ha abandonado por completo a su familia, que se desvanece en lo insustancial, mientras que uno mismo, completamente firme, negro de tan perfilado, golpeándose los muslos por detrás, se eleva a su verdadera forma.

Todo esto se intensifica aún más si, a esa hora tardía de la noche, uno va a visitar a un amigo para ver cómo está.

# DECISIONES

Levantarse de un estado miserable debe de ser fácil, incluso con energía deliberada. Me arranco del sillón, doy la vuelta a la mesa, muevo la cabeza y el cuello, avivo la mirada, tenso los músculos que la rodean. Actúo en contra de todo sentimiento, saludo a A. con entusiasmo si aparece ahora, tolero amablemente a B. en mi habitación, absorbo en C., a grandes tragos, todo lo que se dice, a pesar del dolor y el esfuerzo.

Pero incluso si todo va bien, con cada error, que no puede faltar, el conjunto, lo fácil y lo difícil, se detendrá, y tendré que retroceder en círculo.

Por eso, el mejor consejo sigue siendo aceptarlo todo, comportarse como una masa pesada y, si uno se siente arrastrado, no dejarse arrancar ni un paso innecesario, mirar al otro con ojos de animal, no sentir remordimiento; en resumen, aplastar con la propia mano lo que del fantasma de la vida aún queda, es decir, aumentar el último reposo sepulcral y no dejar que nada más exista fuera de él.

Un movimiento característico de tal estado es pasar el dedo meñique por encima de las cejas.

## LA EXCURSIÓN A LA MONTAÑA

—No sé —grité sin sonido—, no sé. Si no viene nadie, pues no viene nadie. No le he hecho mal a nadie, nadie me ha hecho mal a mí, pero nadie quiere ayudarme. Un montón de nadies. Pero no es así. Solo que nadie me ayuda; por lo demás, un montón de nadies estaría bien. Me gustaría mucho, ¿por qué no?, hacer una excursión con un grupo de puros nadies. A la montaña, por supuesto, ¿a dónde si no? ¡Cómo se aprietan esos nadies unos contra otros, esos muchos brazos extendidos en cruz y entrelazados, esos muchos pies, separados por pasos diminutos! Se entiende que todos van de frac. Caminamos así, sin más, el viento pasa por los huecos que nosotros y nuestras extremidades dejamos abiertos. ¡En la montaña, los cuellos se sienten libres! Es un milagro que no cantemos.

## LA DESDICHA DEL SOLTERO

Parece tan terrible seguir soltero, de viejo tener que pedir admisión con gran esfuerzo por mantener la dignidad cuando uno quiere pasar una velada con gente, estar enfermo y contemplar durante semanas la habitación vacía desde el rincón de la cama, despedirse siempre en el portal de la casa, no subir nunca la escalera junto a la propia mujer, tener en la habitación solo puertas laterales que dan a viviendas ajenas, llevarse la cena a casa en una mano, tener que admirar a los hijos de otros y no poder repetir sin cesar: «Yo no tengo», formarse en el aspecto y el comportamiento a imagen y semejanza de uno o dos solteros de los recuerdos de juventud.

Así será, solo que además, en la realidad, hoy y más tarde, uno mismo estará ahí, con un cuerpo y una cabeza real, y por tanto también una frente, para golpeársela con la mano.

# EL COMERCIANTE

Es posible que algunas personas sientan lástima de mí, pero no me doy cuenta. Mi pequeño negocio me llena de preocupaciones que me causan dolor por dentro, en la frente y en las sienes, pero sin ofrecerme la perspectiva de ninguna satisfacción, pues mi negocio es pequeño.

Tengo que tomar decisiones con horas de antelación, mantener despierta la memoria del mozo, advertir de posibles errores y, en una estación del año, calcular las modas de la siguiente, no como se llevarán entre la gente de mi círculo, sino entre poblaciones inaccesibles del campo.

Mi dinero lo tienen personas ajenas; sus circunstancias no puedo conocerlas con claridad; la desgracia que podría sobrevenirles no la presiento; ¡cómo podría evitarla! Quizá se han vuelto derrochadores y celebran una fiesta en el jardín de una posada, y otros, de paso en su huida a América, se detienen un rato en esa fiesta.

Cuando, al final de un día de trabajo, se cierra el negocio y de repente veo horas por delante en las que no podré hacer nada por las incesantes necesidades de mi negocio, entonces la agitación que he enviado lejos por la mañana se precipita sobre mí como una marea que regresa, pero no puede contenerse en mi interior y, sin rumbo, me arrastra consigo.

Y sin embargo, no puedo aprovechar este estado de ánimo y solo puedo irme a casa, porque tengo la cara y las manos sucias y sudadas, la ropa manchada y polvorienta, la gorra de trabajo en la cabeza y las botas arañadas por los clavos de las cajas. Camino entonces como sobre olas, chasqueo los dedos de ambas manos y acaricio el pelo de los niños que encuentro.

Pero el camino es demasiado corto. Enseguida estoy en mi casa, abro la puerta del ascensor y entro.

Veo que ahora, de repente, estoy solo. Otros, que tienen que subir por las escaleras, se cansan un poco, tienen que esperar con los pulmones jadeantes

a que les abran la puerta de la vivienda, tienen así un motivo para el enfado y la impaciencia, entran en el recibidor, donde cuelgan el sombrero, y solo cuando atraviesan el pasillo, pasando junto a varias puertas de cristal, y llegan a su propia habitación, están solos.

Pero yo estoy solo en seguida, en el ascensor, y, apoyado en las rodillas, me miro en el estrecho espejo. Cuando el ascensor empieza a subir, digo:

—Callad, retroceded, ¿queréis ir a la sombra de los árboles, detrás de las cortinas de las ventanas, bajo la bóveda de la enramada?

Hablo entre dientes y las barandillas de la escalera se deslizan por los cristales esmerilados como agua que se precipita.

—¡Volad lejos! Que vuestras alas, que nunca he visto, os lleven al valle del pueblo o a París, si es allí donde os apetece ir.

Pero disfrutad de la vista desde la ventana cuando las procesiones lleguen de las tres calles, sin esquivarse, mezclándose y dejando de nuevo libre el espacio entre sus últimas filas. Agitad los pañuelos, horrorizaos, conmoveos, alabad a la bella dama que pasa.

Cruza el arroyo por el puente de madera, haced un gesto con la cabeza a los niños que se bañan y asombraos ante el hurra de los mil marineros en el lejano acorazado.

Perseguid solo al hombre insignificante y, cuando lo hayáis empujado a un portal, robadle y luego miradle, cada uno con las manos en los bolsillos, mientras se aleja triste por la calle de la izquierda.

La policía, galopando dispersa sobre sus caballos, refrena a los animales y os hace retroceder. Dejadlos, las calles vacías los harán infelices, lo sé. Ya se marchan, por favor, de dos en dos, lentamente por las esquinas, volando sobre las plazas.

Entonces tengo que salir, hacer bajar el ascensor, llamar al timbre, y la criada abre la puerta mientras yo saludo.

# MIRAR DISTRAÍDAMENTE POR LA VENTANA

¿Qué haremos en estos días de primavera que llegan tan deprisa? Esta mañana el cielo estaba gris, pero si uno se acerca ahora a la ventana, se sorprende y apoya la mejilla en el pestillo.

Abajo se ve la luz del sol, ya poniente, en el rostro de la niña de aspecto infantil que camina y mira a su alrededor, y al mismo tiempo se ve sobre ella la sombra del hombre que la sigue más deprisa.

Luego, el hombre ya ha pasado de largo y el rostro de la niña está completamente iluminado.

## EL CAMINO A CASA

¡Ved la fuerza de convicción del aire después de la tormenta! Mis méritos se me aparecen y me abruman, aunque no me resista.

Camino y mi ritmo es el ritmo de este lado de la calle, de esta calle, de este barrio. Soy legítimamente responsable de todos los golpes contra las puertas, sobre los tableros de las mesas, de todos los brindis, de las parejas de amantes en sus camas, en los andamios de las nuevas construcciones,

apretados contra los muros de las casas en callejones oscuros, en los otomanes de los burdeles.

Comparo mi pasado con mi futuro, pero encuentro ambos excelentes, no puedo dar preferencia a ninguno y solo debo reprochar la injusticia de la Providencia, que tanto me favorece.

Solo al entrar en mi habitación me quedo un poco pensativo, pero sin haber encontrado nada digno de reflexión mientras subía las escaleras. No me sirve de mucho abrir la ventana de par en par y que en un jardín la música siga sonando.

## LOS QUE PASAN CORRIENDO

Si uno va paseando por una calle de noche, y un hombre, visible desde lejos —pues la calle ante nosotros sube y hay luna llena—, corre hacia nosotros, no lo agarraremos, aunque sea débil y andrajoso, aunque alguien corra detrás de él gritando, sino que lo dejaremos seguir corriendo.

Porque es de noche, y no tenemos la culpa de que la calle suba ante nosotros bajo la luna llena, y además, quizá esos dos han organizado la persecución para divertirse, quizá ambos persiguen a un tercero, quizá el primero es perseguido inocentemente, quizá el segundo quiere asesinar, y nos convertiríamos en cómplices del asesinato, quizá los dos no saben nada el uno del otro, y cada uno corre por su cuenta a su cama, quizá son sonámbulos, quizá el primero va armado.

Y finalmente, ¿no podemos estar cansados?, ¿no hemos bebido mucho vino? Nos alegramos de no ver ya tampoco al segundo.

# EL PASAJERO

Estoy de pie en la plataforma del tranvía y me siento completamente inseguro respecto a mi posición en este mundo, en esta ciudad, en mi familia. Ni siquiera de pasada podría indicar qué derechos podría reclamar con justicia en cualquier sentido. No puedo defender en absoluto el hecho de estar en esta plataforma, de agarrarme a esta correa, de dejarme llevar por este vehículo, de que la gente esquive el tranvía o camine en silencio o descanse ante los escaparates. Nadie me lo exige, es cierto, pero eso es indiferente.

El tranvía se acerca a una parada, una muchacha se coloca cerca de los escalones, lista para bajar. La veo con tal claridad como si la hubiera palpado. Va vestida de negro, los pliegues de la falda apenas se mueven, la blusa es ajustada y tiene un cuello de encaje blanco de malla fina, la mano izquierda la mantiene plana contra la pared, el paraguas en su mano derecha está apoyado en el penúltimo escalón. Su rostro es moreno, la nariz, ligeramente achatada a los lados, termina redonda y ancha. Tiene mucho pelo castaño y mechones sueltos en la sien derecha. Su pequeña oreja está pegada a la cabeza, pero como estoy cerca, veo toda la parte posterior del pabellón auditivo derecho y la sombra en su base.

Me pregunté entonces: ¿cómo es que no se asombra de sí misma, que mantiene la boca cerrada y no dice nada por el estilo?

# VESTIDOS

A menudo, cuando veo vestidos con múltiples pliegues, volantes y adornos que caen bellamente sobre cuerpos hermosos, pienso que no se conservarán así por mucho tiempo, sino que se arrugarán y ya no se podrán alisar, se llenarán de un polvo que, espeso en los adornos, ya no se podrá quitar, y que nadie querrá mostrarse tan triste y ridículo como para ponerse cada día el mismo vestido suntuoso por la mañana y quitárselo por la noche.

Sin embargo, veo muchachas que son ciertamente hermosas y muestran múltiples músculos y huesecillos encantadores y una piel tersa y masas de cabello fino, y aun así aparecen día tras día con este único disfraz natural, poniendo siempre el mismo rostro entre las mismas palmas de las manos y dejándose reflejar por su espejo.

Solo a veces, por la noche, cuando vuelven tarde de una fiesta, les parece en el espejo gastado, hinchado, polvoriento, visto ya por todos y apenas ponible.

## EL RECHAZO

Si me encuentro con una muchacha hermosa y le pido: «Sé buena, ven conmigo» y ella pasa de largo en silencio, lo que quiere decir es:

«No eres un duque de nombre ilustre, ni un americano corpulento de porte indio, de ojos horizontales y tranquilos, con una piel curtida por el aire de los campos de césped y de los ríos que los atraviesan, no has viajado a los grandes lagos ni navegado por ellos, que no sé dónde se encuentran. Así que, por favor, ¿por qué iba yo, una muchacha hermosa, a ir contigo?».

«Olvidas que no te lleva un automóvil que se mece a grandes sacudidas por la calle; no veo a los caballeros de tu séquito, embutidos en sus ropas,

que van detrás de ti en un semicírculo exacto murmurando bendiciones para ti; tus pechos están bien ordenados en el corsé, pero tus muslos y caderas se resarcen de esa abstinencia; llevas un vestido de tafetán con pliegues, como los que el otoño pasado nos gustaban tanto a todas, y sin embargo sonríes a veces, con ese peligro mortal sobre el cuerpo».

«Sí, ambos tenemos razón y, para no ser conscientes de ello de forma irrefutable, será mejor, ¿no es así?, que cada uno se vaya a casa por su lado».

## REFLEXIONES PARA JINETES

Nada, si se piensa bien, puede inducir a querer ser el primero en una carrera de caballos.

La gloria de ser reconocido como el mejor jinete de un país produce una alegría demasiado intensa al sonar la orquesta como para que al día siguiente no aparezca el arrepentimiento.

La envidia de los adversarios, gente astuta y bastante influyente, debe dolernos en el estrecho pasillo que ahora recorreremos hacia esa llanura que pronto estuvo vacía ante nosotros, a excepción de algunos jinetes doblados que cabalgaban, pequeños, contra el borde del horizonte.

Muchos de nuestros amigos se apresuran a cobrar la apuesta y solo por encima del hombro nos gritan su hurra desde las lejanas ventanillas; pero los mejores amigos ni siquiera han apostado por nuestro caballo, pues temían que, si perdían, tendrían que enfadarse con nosotros; ahora, en cambio, como nuestro caballo ha sido el primero y ellos no han ganado nada, se dan la vuelta cuando pasamos y prefieren mirar a lo largo de las tribunas.

Los competidores, a la zaga, firmes en la silla, intentan abarcar con la mirada la desgracia que les ha sobrevenido y la injusticia que de alguna manera se les ha infligido; adoptan un aire fresco, como si fuera a empezar una nueva carrera, una seria, después de este juego de niños.

A muchas damas, el vencedor les parece ridículo porque se hincha y no sabe qué hacer con los eternos apretones de manos, saludos, reverencias y saludos a la distancia, mientras que los vencidos mantienen la boca cerrada y palmean con ligereza los cuellos de sus caballos, que en su mayoría relinchan.

Finalmente, del cielo que se ha nublado, empieza incluso a llover.

## LA VENTANA A LA CALLE

Quien vive solitario y, sin embargo, de vez en cuando quisiera unirse a algún sitio, quien, en función de los cambios de la hora del día, del tiempo, de las circunstancias laborales y cosas por el estilo, desea sin más ver un brazo cualquiera al que poder asirse, no durará mucho sin una ventana a la calle. Y si su situación es tal que no busca nada y solo como un hombre cansado, con los ojos yendo y viniendo entre el público y el cielo, se asoma al antepecho de su ventana, y no quiere y tiene la cabeza un poco inclinada hacia atrás, entonces los caballos de abajo lo arrastran a su séquito de carruajes y ruido y, con ello, finalmente, a la armonía humana.

# DESEO DE SER UN INDIO

Si uno pudiera ser un indio, listo al instante, y sobre el caballo al galope, inclinado en el aire, temblar una y otra vez brevemente sobre el suelo tembloroso, hasta soltar las espuelas, pues no había espuelas, hasta arrojar las riendas, pues no había riendas, y apenas ver la tierra ante sí como un páramo segado al ras, ya sin cuello ni cabeza de caballo.

# LOS ÁRBOLES

Porque somos como troncos de árbol en la nieve. Aparentemente, yacen lisos sobre ella, y con un pequeño empujón debería poderse apartarlos. No, no se puede, pues están firmemente unidos al suelo. Pero mira, incluso eso es solo aparente.

# LA DESDICHA

Cuando ya se había vuelto insoportable —una tarde de noviembre— y yo corría por la estrecha alfombra de mi habitación como en una pista de carreras, asustado por la vista de la calle iluminada, daba media vuelta, y en la profundidad de la habitación, en el fondo del espejo, encontraba de nuevo un nuevo objetivo, y gritaba, solo para oír el grito, al que nada responde y al que nada le quita la fuerza de gritar, que por tanto asciende sin contrapeso y no puede cesar, ni siquiera cuando enmudece, entonces se abrió la puerta desde la pared, tan deprisa, porque la prisa era necesaria y hasta los caballos de los carruajes abajo, en el empedrado, se encabritaban como caballos enloquecidos en la batalla, ofreciendo sus gargantas.

Como un pequeño fantasma, un niño salió del pasillo completamente oscuro, donde la lámpara aún no estaba encendida, y se quedó de puntillas sobre una viga del suelo que se balanceaba imperceptiblemente. Deslumbrado al instante por la penumbra de la habitación, quiso esconder rápidamente el rostro entre las manos, pero se tranquilizó de improviso al mirar hacia la ventana, ante cuya cruz el vapor ascendente del alumbrado público se asentaba finalmente bajo la oscuridad. Con el codo derecho se mantenía erguido junto a la pared, al lado de la puerta abierta, y dejaba que la corriente de aire de fuera le rozara las articulaciones de los pies, y también el cuello, y también las sienes.

Lo miré un momento, luego dije «Buenas tardes» y cogí mi chaqueta del biombo de la estufa, porque no quería estar ahí medio desnudo. Mantuve la boca abierta un ratito para que la agitación me abandonara por ella. Tenía mala saliva, las pestañas me temblaban en la cara, en resumen, no me faltaba nada más que precisamente esta visita, aunque esperada.

El niño seguía junto a la pared, en el mismo sitio, había apretado la mano derecha contra el muro y, con las mejillas sonrojadas, no se cansaba de sentir la aspereza de la pared encalada rozando las yemas de sus dedos. Dije:

—¿De verdad viene a verme a mí? ¿No es un error? Nada más fácil que un error en esta casa tan grande. Me llamo Tal, vivo en el tercer piso. ¿Soy yo, pues, a quien quiere visitar?

—¡Tranquilo, tranquilo! —dijo el niño por encima del hombro—, todo está en orden.

—Entonces entre en la habitación, quiero cerrar la puerta.

—Acabo de cerrar la puerta. No se moleste. Y tranquilícese, en general.

—No hable de molestia. Pero en este pasillo vive mucha gente, todos son, naturalmente, conocidos míos; la mayoría vuelve ahora de sus trabajos; si oyen hablar en una habitación, creen simplemente que tienen derecho a abrir y ver qué pasa. Es así. Esa gente ha terminado su jornada laboral; ¿a quién se someterían en la libertad provisional de la tarde? Además, usted ya lo sabe. Déjeme cerrar la puerta.

—¿Pero qué pasa? ¿Qué le ocurre? Por mí puede entrar toda la casa. Y, además, repito: ya he cerrado la puerta, ¿cree que solo usted puede cerrar la puerta? Incluso he cerrado con llave.

—Entonces, bien. No quiero más. No tenía por qué cerrar con llave. Y ahora, póngase cómodo, ya que está aquí. Es mi invitado. Confíe en mí plenamente. Póngase a sus anchas sin miedo. No le obligaré a quedarse ni a marcharse. ¿Tengo que decirlo? ¿Tan mal me conoce?

—No. Realmente no tendría que haberlo dicho. Es más, no debería haberlo dicho en absoluto. Soy un niño, ¿por qué tantas ceremonias conmigo?

—No es para tanto. Claro, un niño. Pero no es usted tan pequeño. Ya es usted todo un adulto. Si fuera una niña, no podría encerrarse así como así conmigo en una habitación.

—No tenemos que preocuparnos por eso. Solo quería decir: que le conozca tan bien me protege poco, solo le ahorra a usted el esfuerzo de mentirme. Y a pesar de todo, me hace cumplidos. Déjelo, se lo exijo, déjelo. Además, no le conozco en todas partes y a todas horas, y menos en esta oscuridad. Sería mucho mejor que encendiera la luz. No, mejor no. De todos modos, recordaré que ya me ha amenazado.

—¿Cómo? ¿Que yo le he amenazado? ¡Pero, por favor! Estoy tan contento de que por fin esté aquí. Digo «por fin» porque ya es muy tarde. No entiendo por qué ha venido tan tarde. Es posible que en mi alegría haya hablado de forma confusa y que usted lo haya entendido así. Admito diez veces que he hablado así, sí, le he amenazado con todo lo que usted quiera. ¡Pero no discutamos, por el amor de Dios! ¿Pero cómo ha podido creerlo? ¿Cómo ha podido ofenderme así? ¿Por qué quiere a toda costa estropearme este ratito de su presencia? Un extraño sería más complaciente que usted.

— Eso creo; no ha sido ninguna genialidad. Ya soy, por naturaleza, tan cercano a usted como puede serlo un extraño. Usted también lo sabe, ¿a qué viene entonces la melancolía? Diga que quiere hacer comedia y me iré al instante.

— ¿Ah, sí? ¿También se atreve a decirme eso? Es usted un poco osado. Al fin y al cabo, está en mi habitación. Frota sus dedos como un loco contra mi pared. ¡Mi habitación, mi pared! Y además, lo que dice es ridículo, no solo insolente. Dice que su naturaleza le obliga a hablarme de esta manera. ¿De verdad? ¿Su naturaleza le obliga? Qué amable por parte de su naturaleza. Su naturaleza es la mía, y si yo, por naturaleza, me comporto amistosamente con usted, usted no puede hacer otra cosa.

— ¿Eso es ser amistoso?

— Hablo de antes.

— ¿Sabe cómo seré después?

— No sé nada.

Y fui a la mesita de noche, donde encendí la vela. En aquella época no tenía ni gas ni luz eléctrica en mi habitación. Estuve sentado un rato más a la mesa, hasta que también me cansé de eso, me puse el abrigo, cogí el sombrero del canapé y apagué la vela. Al salir, tropecé con la pata de una silla.

En la escalera me encontré con un inquilino del mismo piso.

— ¿Ya se va otra vez, granuja? — preguntó, descansando sobre sus piernas extendidas a lo largo de dos escalones.

— ¿Qué quiere que haga? — dije—. Acabo de tener un fantasma en mi habitación.

— Lo dice con el mismo descontento que si hubiera encontrado un pelo en la sopa.

— Está bromeando. Pero recuerde, un fantasma es un fantasma.

— Muy cierto. Pero, ¿y si uno no cree en fantasmas?

— ¿Acaso cree que yo creo en fantasmas? ¿Pero de qué me sirve no creer?

—Muy sencillo. Ya no tiene que tener miedo si un fantasma viene de verdad a verle.

—Sí, pero ese es el miedo secundario. El verdadero miedo es el miedo a la causa de la aparición. Y ese miedo permanece. Lo tengo magníficamente dentro de mí. —De puro nerviosismo, empecé a registrarme todos los bolsillos.

—Pero como no tenía miedo de la aparición en sí, ¿podría haberle preguntado tranquilamente por su causa!

—Usted, evidentemente, nunca ha hablado con fantasmas. De ellos nunca se puede obtener una información clara. Es un ir y venir. Estos fantasmas parecen dudar de su propia existencia más que nosotros, lo cual, por otra parte, no es de extrañar dada su fragilidad.

—Pero he oído que se les puede engordar.

—Está usted bien informado. Se puede. ¿Pero quién va a hacerlo?

—¿Por qué no? Si es un fantasma femenino, por ejemplo —dijo, y se aupó al escalón superior.

—Ah, claro —dije—, pero ni siquiera entonces vale la pena.

Reflexioné. Mi conocido estaba ya tan arriba que, para verme, tenía que inclinarse bajo una bóveda de la escalera. —¡Pero aun así! —grité—. Si ahí arriba me quita a mi fantasma, se acabó lo nuestro, para siempre.

—Pero si era solo una broma —dijo, y retiró la cabeza.

—Entonces está bien —dije, y ahora podría haber salido a pasear tranquilamente. Pero como me sentía tan abandonado, preferí subir y me acosté a dormir.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**